

LOS ORÍGENES DE LA VOZ *PÍCARO*
EN LA LITERATURA ESPAÑOLA: DE ANTONIO PÉREZ
AL NACIMIENTO DE UN SUBGÉNERO NOVELÍSTICO

The origins of the pícaro voice in Spanish literature:
From Antonio Pérez to the birth of a novelesic sub-genre

JESÚS FERNANDO CÁSEDA TERESA

IES Valle del Cidacos (Calahorra, La Rioja)

casedateresa@yahoo.es

RESUMEN: A lo largo de este estudio, rastreo los orígenes de la voz *pícaro* y sus primeros testimonios. Sitúo su llegada a la literatura a partir de Mateo Alemán, sensible a los debates de Domingo de Soto, de Martín Azpilcueta, de Manuel de Giginta, de Pedro de Valencia y de Pérez de Herrera. Relaciono su popularización con el juicio y persecución de Antonio Pérez y de su «pícaro de cocina» Juan Rubio por el asesinato de Juan de Escobedo.

PALABRAS CLAVE: *Pícaro*, origen, Antonio Pérez, Juan Rubio.

ABSTRACT: Throughout this study, I trace the origins of the word “pícaro” and its first testimonies. I situate its arrival in literature from Mateo Alemán, sensitive to the debates of Domingo de Soto, Martín Azpilcueta, Manuel de Giginta, Pedro de Valencia and Pérez de Herrera. I relate its popularisation to the trial and persecution of Antonio Pérez and his «pícaro de cocina» Juan Rubio for the murder of Juan de Escobedo.

KEYWORDS: *Pícaro*, origin, Antonio Pérez, Juan Rubio.

1. LA ETIMOLOGÍA DE LA VOZ «PÍCARO»

HAN sido muchos los intentos que se han hecho para establecer el origen de la voz «pícaro» en nuestra lengua y, más tarde, en nuestra literatura. Incluso hay quien ha creído que su camino lo hizo primero en la literatura y luego pasó al acervo común lingüístico.

Joan Corominas señala en su *Diccionario etimológico* la proximidad de esta palabra a «picaño», un antiguo precedente, derivada esta última de la palabra «picar»; esto es: ‘pinchar, morder, tocar, espolear o dar de espuelas, cortar en pedacitos, perseguir, enojar’. Luego esta última sufriría la influencia de la francesa *picard*.¹ Mucho antes, Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana o española* señaló su origen en la voz «picaño» y puso en relación el término con «asta» y también con la región francesa de la Picardía. Señaló, asimismo, que «aunque los pícaros no lo son en particular de nadie, sonlo de la república para todos los que los quieren alquilar, ocupándolos en cosas viles» (Covarrubias, 1561: 587).

El ejemplo más antiguo que recoge el CORDE es el de un romance de Pedro de Padilla de 1583, donde se dice lo siguiente:

[...] era a todos por la mano
de aquel sastre repartida;
y ansí, de aquella manera
por orden suya vivían,
hasta que el pícaro infame
hazerse Rey determina,
y salió a muy pocos lances
con esto que pretendía.

No es este, sin embargo, el primer ejemplo que podemos encontrar. El hispanista holandés Fonger de Haan halló un ejemplo en un texto de 1548, la *Carta del bachiller de Arcadia al capitán Salazar*, en que se dice lo siguiente: «Cuando el sol muestra su cara de oro, igualmente la muestra a los pícaros de la corte como a los cortesanos della» (Haan, 1899: II, 152). Adolfo Bonilla y San Martín presentó otro texto anterior a este último de la *Farsa custodia* de Bartolomé Palau, escrita «de seguro antes de 1547» (Bonilla, 1915: 172).

¹ Según Corominas (1987: 456): «hubo influjo posterior del francés *picard*, que dio lugar al abstracto *picardía*, por alusión a esta provincia francesa, pero no hay pruebas convincentes de que este influjo determinara la creación del vocablo».

En diversas actas municipales castellanas, se han encontrado los primeros ejemplos de la voz «pícaro», concretamente en Zamora, por el citado investigador holandés, Fonger de Haan, en una de las cuales se dice lo siguiente: «No habrá en la ciudad más que doce pícaros y doce ganapanes, y para distinguirse, usarán los ganapanes caperuzas bermejas y los pícaros caperuzas verdes» (Haan, 1899: 171 del tomo II).

Luis Antonio Arroyo localizó en el Ayuntamiento de Palencia dos documentos que pueden datarse en el periodo de 1541 a 1547. En uno, de 1543, se indica lo siguiente: «[...] que los pícaros y vagamundos se echen fuera de la ciudad por el daño que hacen» (Arroyo, 1987: 317). Y en otro de 1545 se dice que «Pero Díez denunció de unos pícaros que cogían mielgas en unos trigos y no tenían prendas que le tomar y tomoles las mielgas, las cuales vendió por medio real» (Arroyo, 1987: 317). En ambos casos la palabra «pícaro» se opone a 'natural de la ciudad' y es voz sinónima, por tanto, de «forastero».

Algunos estudios etimológicos señalan que la voz tiene origen griego:

Lo más seguro, es que nuestro vocablo provenga del vocablo griego el cual, a su vez nace de una base indoeuropea. Y lo más seguro es que fuese incorporado a la lengua española por un hecho individual; acaso por un humanista del siglo XVI hoy solo destacamos una posibilidad (Hoyos, 1949-1950: 397).

Otros investigadores, como por ejemplo Oneal Faston Best, aluden a su probable origen hebreo. Afirma este último que:

Proponemos como primer eslabón de la cadena hebr. *peger* y *pag'ra*, con el sentido de 'cadáver, carroña' y 'holgazanería'. Puesto que miseria y vicio acabaron por hacerse casi sinónimos (cf. DCEC, s.v. pícaro), pudo pasarse fácilmente a la idea de 'vil, bribón', ya contenida en *peger*. En *yidish*, como ya hemos dicho, se mantuvo casi intacto este hebr. *peger*, mientras que el casi extinguido judeo-italiano legó al italiano y luego al español su forma *bikaro*: el individuo que se ocupa de lo sucio, de la carroña, se convirtió en *beccáro* (Best, 1964: 356).

Para Fernando González Ollé, la voz pudo traerse de las guerras de Flandes, de modo que los recién retornados recibirían tal nombre («pícaros») una vez convertidos en mendicantes y, en muchas ocasiones, en malhechores tras estar acostumbrados a ganarse la vida con las armas (González Ollé, 1969: 56-58).

2. LOS ORÍGENES HISTÓRICOS DEL «PÍCARO»

Es harto sospechoso que los primeros ejemplos que tenemos de la voz «pícaro» sean de los años cuarenta del siglo xvi. La causa parece clara: entonces se sucedieron varios años de malas cosechas en toda Castilla que empobrecieron a su población y generaron un enorme problema económico con el subsiguiente aumento de la mendicidad en sus pueblos y ciudades. El *Lazarillo de Tormes* retrata fielmente esta situación de indigencia y en ella su autor se refiere, en concreto, a aquellos años de escasez de trigo y de otros alimentos. Pero, además de esto, alude a los intentos de regular el fenómeno de la mendicidad por el Ayuntamiento de Toledo.² No será el de Toledo el único. Sabemos que muchos, viéndose desbordados por un fenómeno que no paraba de crecer, determinaron regularla. Pronto, sin embargo, surgieron algunos debates.

Juan Luis Vives fue el pionero en tratar el tema en diversas obras. Planteó, por primera vez en España, que el asunto de los mendigos no era solo algo del orden privado, sino que, por afectar al público, precisaba de normas reguladoras con el fin de eliminar aquella situación lamentable.³

En 1545, fray Domingo de Soto publicó su *Deliberación sobre la causa de los pobres* en que sometía a debate el contenido de las nuevas reglamentaciones aprobadas por muchos municipios y que, básicamente, consistían en la creación de una cédula solo para los casos requeridos, prohibiéndose la mendicidad en las calles. De tal modo serían los hospitales los encargados de la asistencia alimenticia y sanitaria para un reducido grupo de personas menesterosas, siempre acreditadas con su correspondiente cédula identificativa.⁴

² Véase Corencia Cruz (2016: 495), donde señala, siguiendo lo antes dicho por Francisco Rico, que no se pudo escribir antes de 1546: «Agustín Redondo descubrió un decreto del Ayuntamiento de Toledo de 21 de abril de 1546 que disponía y aplicaba la pena de cárcel, azotes y expulsión de la ciudad a los pobres mendicantes forasteros que fingían enfermedad. A partir del hallazgo de Redondo, resume Francisco Rico que «según parece, Lázaro asiste al primero y único caso de aplicación de tales medidas (rápidamente desechadas) en la Imperial Toledo» y, en consecuencia, y transcribiendo a Agustín Redondo, la novela «no pudo escribirse sino después del 21 de abril de 1546». En realidad, esta fecha de 1546 permite datar solo la segunda mitad de la obra, a partir del tercer tratado. Las referencias de tiempo externo en los dos primeros son todas a los años veinte del siglo xvi. Véase Cáseda (2019: 97-124).

³ Véase Calero (2006). En esta obra, su autor defiende la autoría de Vives del *Lazarillo de Tormes* por una serie de cuestiones lingüísticas y por comunidad de ideas con el tema de la mendicidad. Pero hay un problema para defender su autoría, su muerte en 1540, antes de algunos hechos que aparecen en la obra.

⁴ Véase el trabajo de Garrán (2004). Para Domingo de Soto, véase Beltrán de Heredia (1960).

Domingo de Soto se opone a que se expulse a los mendigos forasteros, tal como ocurre en el *Lazarillo de Tormes*, y también es contrario a la prohibición de la mendicidad, como se propuso en algunos municipios, así como a la obligación de confesarse y de acudir a misa para recibir ayuda de alimentos y sanidad. El autor del *Lazarillo* está, claramente, en la línea de Domingo de Soto.

Solo un mes después de la aparición de la obra de Soto, Juan de Robles publicó *De la orden que en algunos pueblos de España se ha puesto en la limosna para remedio de los verdaderos pobres*⁵ en defensa de las nuevas reglamentaciones municipales y en contra de los postulados de fray Domingo.

Martín de Azpilcueta planteó en los mismos años en su obra *Tratado de las rentas de los beneficios eclesiásticos* las obligaciones de la Iglesia con los pobres y con los mendigos, debiendo, en su opinión, ser el poder civil el encargado de crear hospitales y de establecer un salario mínimo para su asistencia y atención de necesidades básicas.⁶ El debate continuará durante el resto del siglo XVI, con estudios y propuestas de Miguel de Giginta o de Pedro de Valencia en el último cuarto.⁷

En cualquier caso, no es extraño que el término «pícaro» lo situemos por primera vez en los años cuarenta, precisamente cuando nace el debate ya señalado, obedeciendo todo ello a una realidad histórica: las calamitosas cosechas de ese tiempo.

El *Lazarillo de Tormes* (1554), sin embargo, no recoge el término. Ni tampoco su continuación de 1555. ¿A qué es debido? A que este no ha tenido todavía fortuna y no se ha extendido por la Península. Sea como fuere, lo cierto es que la voz «pícaro» solo se populariza en nuestra literatura tras la publicación de un éxito editorial sin precedentes, la *Primera parte de Guzmán de Alfarache*. En el título de la edición de 1599 no está el adjetivo «pícaro», pero sí en la aprobación firmada por fray Diego de Ávila. La edición barcelonesa y pirata, sin embargo, del mismo año sí lo lleva y así aparece como *Primera parte del Pícaro Guzmán de Alfarache*. Para terminar de enredar la madeja en este —como llama a la obra el profesor Luis Gómez Canseco (2012: ix)— rompecabezas, el privilegio real firmado por D. Luis de Salazar de esta primera edición de 1599 la llama *Primera parte de la vida de Guzmán de Alfarache. Atalaya de la vida humana*.

⁵ El texto se imprimió, como tantos otros, en Salamanca, en la imprenta de Juan de Junta.

⁶ Véanse, sobre Martín de Azpilcueta, los siguientes: Olóiz (1998) y Muñoz de Juana (1998).

⁷ Sobre Giginta, véase Cavillac (1979). Sobre Pedro de Valencia, véase el estudio de Suárez (1997).

La pregunta que debemos hacernos a continuación es la siguiente: ¿por qué se llama a Guzmán de Alfarache «pícaro»? Para ello hay que explicar un hecho histórico que se encuentra en la génesis de la obra. Mateo Alemán fue un buen amigo de Pérez de Herrera, con quien mantuvo correspondencia epistolar. Y Pérez de Herrera fue un fiel seguidor de Miguel de Giginta, autor este último de una obra fundamental, el *Tratado de remedio de pobres*, y de otra menos conocida, la *Atalaya de pobres*. Pérez de Herrera logrará a partir de 1593 «convencer al mismo Rey Felipe II de la necesidad de atajar la proliferación de los pobres fingidos» (Cavillac, 2010: 74). Herrera era, por aquel entonces, médico del rey y hombre con gran influencia en la Corte y fue él quien lo convenció para emprender la reforma de mendigos a que Felipe II había venido dando largas durante mucho tiempo.

Para el autor de la *Atalaya de pobres*, «la ociosidad es el mayor daño y ruina de las repúblicas y la ocupación su mayor riqueza»; de manera que los vagabundos debían, en su opinión, ser «recogidos» en instituciones creadas al efecto y puestos a trabajar en ocupaciones que pudieran desarrollar. Según Michel Cavillac:

Mediante la creación de una red de albergues (mitad hospicios, mitad talleres textiles) que había de extenderse por todo el país. Herrera propugnaba transformar a los «mendigos ociosos» en obreros asalariados de «manufactura» cuyo desarrollo era urgente impulsar en las principales ciudades de Castilla (Cavillac, 1998a: II, 198).

La obra de Herrera en que defendía acabar con la ociosidad de los pobres se publicó en 1598, con el título de *Discursos del amparo de los legítimos pobres y reducción de los fingidos*, tan solo un año antes de que saliera a la luz la obra de Mateo Alemán. Resultaba fundamental para el autor de los *Discursos* que los mendigos se dedicaran a las actividades manufactureras, evitando así que el reino tuviera que importar productos del extranjero con la consiguiente pérdida de una importante cantidad de dinero que luego esos mismos extranjeros —en el caso de Flandes— utilizaban para hacer la guerra a España. Herrera es un reformista o reformador a la par que un mercantilista y regeneracionista *avant la lettre*, consciente de la situación de penuria industrial y mercantil del país. El presidente del Consejo Real —Rodrigo Vázquez de Arce— se convirtió en su principal valedor y este procuró dinero para emprender su reforma.

Así, se erigió el primer albergue de Madrid y luego otros muchos bajo la protección de Vázquez, el cual dictó en 1597 una instrucción para «el recogimiento general de los pobres y vagabundos» en cincuenta ciudades del reino.

Sabemos, a través de la correspondencia de Herrera, que en la Corte solo se reconocieron a seiscientos cincuenta mendigos como «verdaderos», mientras se echaron de Madrid a tres mil quinientos «fingidos». Se llegaron a producir escenas patéticas, especialmente en la Sevilla de Mateo Alemán, en 1597, como recoge el estudio de Cavillac:

[...] el mayor teatro que jamás se ha visto, porque había más de dos mil pobres [...] y mujeres infinitas, que se cubrió el Campo y los patios del Hospital. A las dos de la tarde, fue Su Señoría acompañado de mucha justicia y con él muchos médicos. Mandaron fuesen entrando las mujeres, y a las que estaban para servir les mandó Su Señoría, pena de cien azotes, no anduviesen por la ciudad, y a las viejas que podían andar les dio licencia para pedir, que para el efecto tenía Su Señoría más de 4000 tablillas [...]. El dos de mayo, fueron los hombres al dicho sitio: al que era incurable lo mandaban al Hospital, y a los demás que tenían cura, a los cojos y mancos y perláticos y viejos, les iban dando una de las tablillas susodichas; y a los demás echó un bando que dentro de tres días buscasen en qué trabajar, y al que hallaren pidiendo sin licencia le daban la limosna en las espaldas (Cavillac, 1998a: 201).

Los trabajos de Giginta y de su alumno aventajado Pérez de Herrera influyeron muchísimo en una obra que se publicó entonces, los *Proverbios morales* de Alonso de Barros, aposentador real. Barros fue el autor del elogio que aparece al principio del *Guzmán de Alfarache* y que le sirve de prólogo. Fue este un miembro de la facción llamada «castellanista» de la Corte, frente a la «papista» formada por Juan de Austria, por Antonio Pérez y por la princesa de Éboli.⁸ Mateo Alemán fue un buen lector de los *Proverbios morales* de Barros, obra que elogió y que tuvo un éxito importante tanto en España como fuera del país. También escribió Barros una obra titulada la *Filosofía cortesana moralizada* (1587) donde aparecían dibujadas diferentes casillas como en el conocido juego de la oca: *Casa del Pródigo*, *Paso de la Esperanza*, *Pozo del Olvido*, *Casa del Privado*... hasta sesenta y tres.

Es indudable —como veremos— que la influencia de Giginta, de Pérez de Herrera y, también, de los *Proverbios morales* y de la *Filosofía cortesana moralizadora* de Alonso de Barros sobre la obra de Mateo Alemán fue muy importante.

También el texto de Luján de Sayavedra —segunda parte apócrifa de la obra— se hace eco de las obras que entonces se desarrollan en Madrid y en otras partes siguiendo las ideas del amigo de Alemán, Pérez de Herrera:

⁸ Sobre Alonso de Barros, véase Cavillac (1998b: 69 y ss.).

En Madrid y en otras partes se ha empezado a poner remedio, y ha ordenado Su Majestad, como piadoso y cristianísimo monarca, que se hagan albergues para los pobres mendicantes, porque no vayan perdidos, y se castiguen rigurosamente los que estuvieren sanos y no quieren trabajar (Luján de Sayavedra, 2007: 308-309).

Ernesto Lucero Sánchez ha estudiado el contenido de dos cartas que Mateo Alemán envió a Pérez de Herrera en octubre de 1597. En una de ellas, el autor del *Guzmán de Alfarache* le dice a su destinatario que:

ese [«la reducción y amparo de los pobres del reino»] había sido *mi principal intento en la primera parte del pícaro que compuse*, donde, dando a conocer algunas estratagemas y cautelas de los fingidos, encargo y suplico por el cuidado de los que se pueden llamar y son sin duda corporalmente pobre (Lucero, 2017: 215).

Lucero (2017: 215) alude en su estudio a la existencia de un «círculo de intelectuales, que comparten inquietudes y posturas muy próximas sobre posibles soluciones a algunos de los grandes problemas del reino», entre los que se encontrarían Alemán, Pérez de Herrera y otros. Sin embargo, Jojima (2016) considera que las dos cartas no han de leerse en un sentido literal, sino más bien en forma irónica. Parece, sin embargo, difícil de sostener que eso sea así al tratarse de una correspondencia privada en que —como parece más lógico— Alemán expresaría a su amigo médico su pensamiento real. Dice lo siguiente con respecto a la discusión sobre si muchos lisiados deberían trabajar en lugar de andar pidiendo por las calles:

¿Qué importa ser uno cojo? Que no es falta para dejar de ser zapatero, ni la mano manca para ser lacayo o despensero. ¿Por qué un corcovado no será sastre, y un mudo, tundidor o carpintero? ¿No hemos visto muchos, y vemos cada día, comer en el sudor de su rostro y con defectos tales acomodarse al trabajo? Luego no es culpa de naturaleza sino invención de haraganes, amigos de ser viciosos (Cavillac, 2010: 78).

¿Cuál es la opinión verdadera de Mateo Alemán sobre la reforma planteada? Parece bastante clara su coincidencia con Pérez de Herrera y con su círculo, quizás debido a su cercanía política al grupo de los castellanistas enfrentados a los papistas del aragonés Antonio Pérez, al hermano del rey —Juan de Austria— y a la princesa de Éboli.

3. EL TÉRMINO PÍCARO Y SU SALTO A LA LITERATURA

¿Qué provocó la popularización del término en nuestra lengua y en nuestra literatura? Probablemente un hecho histórico de importancia: el proceso judicial contra «el pícaro» Juan Rubio, «pícaro de cocina» al servicio de Antonio Pérez e hijo de otro protegido de Pérez, su homónimo Juan Rubio, gobernador del estado de Mérito en Italia. Es innegable que el término empieza a crecer a partir de la publicación de la obra de Mateo Alemán, voz que, sin embargo, no aparece en el título primero de la obra (*Primera parte de Guzmán de Alfarache*) aunque sí en su «Aprobación» y en la edición barcelonesa de aquel año, de una novela que fue, y así se ha reconocido unánimemente, el primer *best seller*. La obra tuvo un éxito formidable desde su aparición en 1599 y numerosas reediciones, tanto en su primera parte como, luego, en sus dos siguientes continuaciones, la auténtica y la espuria de Luján de Sayavedra (Márquez, 1990).

Repitamos la pregunta, ¿por qué Alemán califica a Guzmán de «pícaro»? En la dedicatoria inicial a «Don Francisco de Rojas», presidente del Consejo de Hacienda, dice que su objeto al publicarla fue conseguir «juntamente que, haciendo mucho lo que de suyo es poco, de un desechado pícaro un admitido cortesano» (Alemán, 1996: 58).⁹ El término opuesto a «pícaro», como señala al principio de la obra, es «cortesano». En la dedicatoria «Del mismo al discreto lector» utiliza el verbo «picardear». Y en la «Declaración para el entendimiento de este libro» nos informa del contenido de los apartados en que se divide la obra:

En el primero se trata la salida que hizo Guzmán de Alfarache de casa de su madre y poca consideración de los mozos en las obras que intentan, y cómo, teniendo claros ojos, no quieren ver, precipitados de sus falsos gustos. En el segundo, la vida de pícaro que tuvo, y resabios malos que cobró con las malas compañías y ocioso tiempo que tuvo (Alemán, 1996: 63).

Obsérvese que, según dice Mateo Alemán, el protagonista del primer libro no es un pícaro, sino un «mozo» que solo se convertirá en pícaro a causa de la vida que llevó por las malas compañías y el «ocioso tiempo que tuvo». Es evidente que el adjetivo «ocioso» encaja perfectamente con las ideas de Pérez de Herrera y su escuela, de la que formó parte también Mateo Alemán.

El autor abre el segundo libro del siguiente modo: «Trátase cómo vino a ser pícaro y lo que siéndolo le sucedió» (Alemán, 1996: 161). Y el capítulo II indica

⁹ Cito de ahora en adelante por la edición de Brancaforte (1996).

que «dejando al ventero, Guzmán de Alfarache se fue a Madrid y llegó hecho pícaro» (Alemán, 1996: 169). Es curioso, sin embargo, cómo Alemán subraya que Guzmán es ya pícaro antes de llegar a la Corte. Si hacemos caso a lo que señala con anterioridad, en la dedicatoria a Francisco de Rojas, el objetivo a partir de ahí debería de ser pasar de un «desechado pícaro» a convertirse en un «admitido cortesano».

Guzmán dice, nada más comenzar su aventura en la Corte, que «no trocara esta vida de pícaro por la mejor que tuvieron mis pasados» (Alemán, 1996: 170). A continuación —capítulo V— ingresa como pícaro de cocina y señala su ascenso en estos términos: «Pareciole mejorarme sacándome de aquel oficio a sollastre o pícaro de cocina, que era todo a cuanto me pudo encaramar en grueso» (Alemán, 1996: 185). El empleo del sinónimo «sollastre» precisa de una explicación. Tal voz procede del verbo «sollar», que significa ‘soplar con fuerza’ (*DLE*) o bien con la boca, en una primera acepción, o ‘por medio de fuelles u otros artificios’ como segunda.

En la época de la publicación de la obra, un «sollastre» era un pinche encargado de atizar el fuego y de usar fuelles y otros utensilios para encender el fuego con que cocinar (*Diccionario de autoridades*). Pero también podemos entender el significado de «sollastre» en sentido metafórico; esto es: ‘mal hablado, maledicente’. Y, en este caso, el término se aproxima al concepto menos moral del «pícaro».

El título al capítulo VII indica algo valioso con respecto a la condición de pícaro de Guzmán: «Cómo despedido Guzmán de Alfarache de su amo volvió a ser pícaro, y de un hurto que hizo a un especiero» (Alemán, 1996: 202). Esto es: Lázaro no es pícaro cuando ocupa un oficio y no está ocioso. Entonces —en palabras del autor— el pícaro es «escoria de los hombres» (Alemán, 1996: 204). Y, pese a esto, todos «se precian de ello», según dice a continuación. Una vez convertido en paje, revela Guzmán que «fue mucho salto a paje, de pícaro, aunque son en cierta manera correlativos y convertibles, que sólo el hábito los diferencia» (Alemán, 1996: 271).

En la segunda parte de la obra, Mateo Alemán señala—como ya he indicado— que él no puso el nombre de «pícaro» en su obra, sino «atalaya», explicándolo de este modo:

Haga nombre del mal nombre, quien desea que se le caiga presto; porque con cuanta mayor violencia lo pretendiere desechar, tanto más arraiga y se fortalece, de tal manera, que se queda hasta la quinta generación, y entonces los que suceden hacen blasón de aquello mismo que sus pasados

tuvieron por afrenta. Esto propio le sucedió a este mi pobre libro, que habiéndolo intitulado *Atalaya de la vida humana*, dieron en llamarle *Pícaro* y no se conoce ya por otro nombre (Alemán, 1996: 369).

En esta segunda parte, Guzmán se convierte en un «muy gentil pícaro» (Alemán, 1996: 427) y se queja de que «por dar consejos me llaman pícaro y me los despiden» (Alemán, 1996: 456). Podemos extraer, en función del uso que del término hace su autor, las siguientes conclusiones: En el título de esta segunda parte aparece, junto a *Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache*, el subtítulo *Atalaya de la vida humana*. Y este nos pone en la pista de la obra de Miguel de Giginta, su *Atalaya de pobres*. Resulta curioso el hecho de que las manifestaciones de Mateo Alemán, tanto privadamente en las cartas de Pérez de Herrera como en lo que dice en su novela, coinciden con el pensamiento de Giginta en su obra citada. Sin duda, estaba muy al corriente de esta y de los debates que hubo en su época. La segunda conclusión es que el pícaro para Mateo Alemán es un ocioso, pues así lo define inicialmente solo cuando no tiene un oficio. Idea muy similar a la que entonces situamos en las obras de Pérez de Herrera.

Además, en la obra de Mateo Alemán encontramos al «pícaro de cocina» y al «sollastre», ambos en el ámbito de las cocinas de los señores y de los nobles. Parece claro que la voz pudo surgir de la unión de dos términos: «picar» —nombre castellano— y el *piccolo* italiano. La fusión de ambos dio lugar al nacimiento de esta voz. Con la llegada a España de importantes cocineros de la Italia renacentista y la presencia de ayudantes jóvenes casi niños en sus cocinas, estos últimos se encargaron de «pinchar» —de ahí el origen de «pinche»— o de «picar»; y de ahí el nacimiento de la voz «pícaro», puesto que quien picaba era un *piccolo*, esto es, apenas un niño.

La voz no aparece en italiano, por ejemplo, en el *Libro de guisados* de Ruperto Nola. Solo surge con la llegada de cocineros italianos a España. Se origina, por tanto, gracias a la unión de las dos voces de las dos lenguas. Para John Rutherford el «pícaro estaba en la cocina porque no había más remedio que aguantarlo, igual que las moscas o las cucarachas» (Rutherford, 2001: 22). Frente a él, se hallan el «galopín» o el «mozo». José Carlos Capel señala —siguiendo a Joan Corominas— que «desde fecha muy temprana pícaro se interpretó por ayudante de cocinero o pastelero» (Capel, 1985, 78). Según Emilio González López, «la cocina llega a tener un lugar destacado en la obra de Alemán en la que el pícaro es cocinero, pinche de cocina [...] y de otros pueblos de Europa, principalmente Italia, la

cual tenía entonces una gran influencia en la cultura europea» (González López, 1965: 335).

No obstante, la voz pronto saltará desde el ámbito de los *tinellos*, o cocinas de origen italiano, hasta las almadrabas andaluzas, donde también se picaban los atunes por los «tunantes», voz muy cercana al lugar de procedencia de quienes, desde Túnez y la Berbería, les acosaban y apresaban buscando obtener un buen rescate económico. En la pesca de almadraba en Andalucía, durante los meses de mayo y junio, se llegaron a juntar más de mil pícaros, gentes de turbios orígenes y actividades diversas que encontraban en aquellos lugares un buen espacio en que ocultarse de las persecuciones y ganar también un buen dinero. Se usaba entonces la famosa expresión «Mata al rey y vete a Conil».¹⁰ Con ella se venía a significar que allí nadie preguntaba por los orígenes, pasado o antecedentes del pretendiente a trabajador en las duras almadrabas donde se faenaba desde que amanecía y hasta la noche.

Cervantes en la *Ilustre fregona* nos sitúa en el mundo de los pícaros de las almadrabas andaluzas:

En Carriazo vio el mundo un pícaro virtuoso, limpio, bien criado y más que medianamente discreto. Pasó por todos los grados de pícaro, hasta que se graduó de maestro en las almadrabas de Zahara, donde es el *finibusterræ* de la picaresca. (Cervantes: 373-374).

El escritor de Alcalá alude a Mateo Alemán y reconoce que fue él quien llevó por primera vez al pícaro a la literatura:

Finalmente, él salió tan bien con el asunto de pícaro, que pudiera leer cátedra en la facultad al famoso de Alfarache. (Cervantes: 377).

En cualquier caso, Carriazo no es el prototipo andrajoso del pícaro maledicente o inculto. Como tampoco lo fue el más famoso pícaro de cocina que saltó a la fama y a la actualidad política y social y que, gracias a él, se popularizó el término, Juan Rubio, pícaro de cocina en la Corte e hijo del gobernador del estado de Mérito, en Italia, su homónimo el capitán Juan Rubio.

4. EL «PÍCARO DE COCINA» JUAN RUBIO

¹⁰ Véase Pérez de Colosia (1991).

En 1578 tuvo lugar en Madrid el asesinato del secretario de D. Juan de Austria, Juan de Escobedo.¹¹ Se trata de uno de los incidentes que mayor repercusión social y política tuvo en su época, pues se pensó desde un principio que en el hecho estuvo involucrado el rey, temeroso de que Juan de Austria llegara a adquirir una relevancia política peligrosa para sus propios intereses. Previamente al hecho ocurrido el 31 de marzo de aquel año, en la calle de San Juan, en la que un grupo de individuos se abalanzó contra él en medio de la noche asestándole una herida de espada que le causó la muerte, fueron al menos dos las ocasiones en que se intentó asesinarlo. Y en ellas estuvo siempre involucrado, además de en la última, el «pícaro de cocina» Juan Rubio, hijo del capitán de su mismo nombre y gobernador en el estado de Mérito en Italia. Este pícaro, que habitaba en casa del secretario de Felipe II, Antonio Pérez, al servicio de su esposa Juana Coello, echó en su comida veneno que no llegó a matarlo y le produjo solo algunas molestias. Ello ocurrió unos días antes —el 8 y el 12 de marzo de 1578— de su asesinato. Entonces, y tras descubrir Juan de Escobedo por el sabor extraño de la comida el intento de envenenamiento, fue ejecutada la cocinera de la casa, una morisca que pagó con su vida el fallido intento de Antonio Pérez y del pícaro de cocina Juan Rubio.¹²

Sabemos que este último ya había cometido un asesinato cuando era prácticamente un niño. Antonio Pérez lo protegió entonces poniéndolo a su servicio como «pícaro de cocina». Su padre, que antes fue mayordomo del secretario de Felipe II y luego alcanzó el grado de capitán en el ejército, obtuvo el favor del rey por sus servicios siendo nombrado gobernador en Italia. Tras la muerte de Escobedo, el padre del pícaro Juan Rubio

empleó todo tipo de tretas para que el censo que Antonio Pérez tenía situado en Italia escapara a la confiscación. Esto y unas cuentas poco saneadas motivaron su sustitución por Alonso Jiménez, quien le detuvo y le abrió un proceso. En 1588 moría en la cárcel.¹³

Como prueba de su colaboración y de la ayuda a Antonio Pérez para escapar de la justicia, se conservan en el Archivo Histórico Nacional una «Carta de Juan

¹¹ Sigue siendo de obligada lectura, pese a los años transcurridos desde su aparición, el trabajo de Marañón (1977).

¹² Archivo Histórico Nacional. «Copia de los cargos dictados contra Juan Rubio». ES.28079. AHN//CONSEJOS,50232,Exp.96.

¹³ Archivo Histórico Nacional. «Copia de los cargos dictados contra Juan Rubio». ES.28079. AHN//CONSEJOS,50232, Exp.96.

Rubio a Juana Coello relativa al juicio de residencia e investigación de las cuentas llevados a cabo contra él por el gobernador Alonso Jiménez¹⁴ y una «Minuta de la carta de Juana Coello a Juan Rubio en la que lamenta las calumnias corren contra él a causa de cuentas de Ana de Mendoza»¹⁵.

En el procedimiento judicial instado contra Antonio Pérez, se afirma con rotundidad que el «pícaro de cocina» Juan Rubio intervino en su asesinato y que incluso fue él quien puso en su conocimiento, trasladándose a Alcalá donde entonces se encontraba, que «estaba hecho»; o sea, que ya había sido asesinado Juan de Escobedo. Fue Juan Rubio quien le cortó el paso a Escobedo la noche de autos, facilitando así que el experto espadachín Insausti ejecutara al secretario de Juan de Austria.

Aquellas noticias corrieron como la pólvora por la Corte y por todo el reino. Noticias que todavía sonaron con mayor fuerza cuando, tiempo más tarde, logró escapar Antonio Pérez de la cárcel a Aragón y desde allí huir a Francia, lejos de las garras de la justicia castellana. En cualquier caso, el joven Juan Rubio, pícaro de cocina, casi un niño, puso de moda por primera vez en los años ochenta del siglo XVI el término «pícaro». Hasta entonces, el pícaro era, como hemos visto, sinónimo de individuo de baja extracción social. Pero en el caso de Juan Rubio ello no ocurría, puesto que se trataba del hijo de un capitán de ejército, gobernador del estado italiano de Mérito. A partir de ahí, la literatura verá cómo conviven dos clases de pícaros: el anteriormente conocido, personaje de baja relevancia social, marginal y maledicente; y el individuo relacionado con el poder político y social, no necesariamente surgido de los bajos fondos.

De tal modo, Mateo Alemán sitúa a su pícaro Guzmán, con un apellido alusivo a la familia más poderosa de Andalucía en su época —los duques de Medina Sidonia¹⁶—, en espacios marginales; pero también en ámbitos social y políticamente relevantes, tanto en España como en Italia. En su obra conviven, casi como dos individuos distintos, el moralista Guzmán y el «Guzmanillo» que le sirve de contrapunto. La historia del protagonista le lleva desde el error, el pecado y la culpa hasta su final conversión personal y moral. Esta *progressio* es también perceptible en la estructura novelesca de la obra: desde una primera parte (1599), en que su protagonista es Guzmanillo, a una segunda parte más moralizadora y «una última parte» —su *Vida de San Antonio de Padua*— publicada, sin embargo, entre ambas

¹⁴ Archivo Histórico Nacional. CONSEJOS, 50232, Exp.72

¹⁵ Archivo Histórico Nacional. CONSEJOS, 50232, Exp.36.

¹⁶ Sobre esta importante familia andaluza, véase Salas Almela (2008).

(1604), que parece el puerto de llegada de la instrucción moral de la literatura de Mateo Alemán.

Cervantes crea también en *La ilustre fregona* a un pícaro de alto *estatus social* — Diego de Carriazo— hijo de su homónimo el cual, tras llevar una vida apicarada junto con su amigo Tomás Avendaño, termina finalmente conociendo una verdad ignorada y solo revelada al final de la obra: el origen familiar de Constanza, la ilustre fregona. Y, al igual que Alemán en su *Vida de San Antonio de Padua*, nos presenta con el personaje de Lugo en *El rufián dichoso* a un pícaro redimido, un pícaro «a lo divino», o como señala Valentín Núñez Rivera, un «pícaro anómalo»:

El verdadero tema central de *El rufián dichoso* se cimenta, pues, en el poder absoluto del libre albedrío frente a toda suerte de determinismos, el providencialista o el genealógico, o incluso al margen del azar de los actos mecánicos de Fortuna. Y esa elección del pícaro anómalo obligaba a Cervantes a la experimentación dramática; más aún, en realidad constituye el verdadero acicate para ella, con el propósito de dotar de coherencia interna, de verosimilitud literaria, la conversión intermedia y la santificación final. De este modo, quedaban imbricadas la realidad histórica, la mediación hagiográfica y la tradición literaria, en orden a dar cuerpo a uno de los personajes más extraordinarios, por paradójico, de la obra cervantina. (Núñez, 2017: 122).

Más tarde, Quevedo, siguiendo este mismo esquema en el *Buscón*, nos sitúa como Cervantes ante una pareja de personajes apicarados, aunque, en el caso de Diego Coronel, se trata de una persona de cierto lustre en cuanto a su linaje. Quevedo diseña en su obra una situación realmente curiosa. Pablos es hijo, según se dice en la novela, de Clemente Pablo. Este nombre alude a dos papas italianos: Clemente VIII, quien ocupó el cargo desde 1592 hasta 1605; y su sucesor, Pablo o Paulo V, que fue papa desde 1605 hasta 1621. Ambos son contemporáneos de Francisco de Quevedo y del momento de composición de la novela¹⁷. No se trata de algo accidental, sino de un juego satírico —tan del gusto de Quevedo— por el que, de forma irreverente, nos sitúa en los antecedentes de un individuo de baja extracción social; pero muy cercano onomásticamente a, nada menos, que dos papas, individuos de la más elevada posición jerárquica.

Que no se trata de algo accidental es evidente y fácilmente detectable en el *Buscón*, cuando, por ejemplo, se alude a la madre de Pablos de nombre «Aldonza de San Pedro, hija de Diego de San Juan y nieta de Andrés de San Cristóbal».

¹⁷ Véase Navarro Durán (2003: 99-131).

En realidad, tras su ocultación entre tantos santos situamos a una judeoconversa cuyo origen literario lo podemos encontrar en la *Celestina* como hechicera y en la *Lozana andaluza* de Delicado como prostituta. En cualquier caso, en la novela de Quevedo hallamos a un pícaro que no toma, sin embargo, este nombre, sino el de «buscón». Según el *DLE*, tal término denomina a una ‘persona que hurta rateramente’ y también a una ‘persona pendenciera’. Fonéticamente, está más cerca de la voz «guitón» de la obra del riojano Gregorio González —*El guitón Onofre*, 1604—, novela contemporánea de la de Quevedo, aunque no publicada por primera vez hasta el último tercio del siglo xx (1973).

Ambas voces (*buscón* y *pícaro*), aunque no son sinónimas en sentido estricto, venían a referirse no solo a una realidad marginal, sino también a una sátira del poder establecido. Este es el caso, por ejemplo, de la voz «guitón», probablemente tomada de una composición poética de la zona de Calatayud, donde se sitúan algunas escenas del *Quijote* de Avellaneda. Comienza así el romance de Calatayud sobre el «guitón»:

El guitón es el guitón.
He de correr la vendema.
Empezar por Aguarón,
terminar por Cariñena.

En Ateca la manteca,
en Castejón el melón;
en Bubierca la manzana
que la llevan a vender
al pueblecico de Alhama.¹⁸

Luego satiriza a los clérigos del cercano monasterio de Piedra:

En Monterde están las putas
que a los frailes se lo daban;
y en el Monasterio de Piedra
buenos polvos se arreaban.

¹⁸ *Romance del Guitón*. Recuperado de: http://www.calatayud.org/revista/guiton_jmp.htm [consulta: 3 de marzo 2020].

A partir del «pícaro de cocina»¹⁹ Juan Rubio, el pícaro comenzará a salir del mundo marginal y llegará a la Corte madrileña y a la Corte vaticana. Ello se pone de manifiesto tanto en la novela de *Guzmán de Alfarache* como en el *Buscón* y asimismo en el texto de Gregorio González. Pero también el señor de Juan Rubio —Antonio Pérez, secretario de Felipe II— tiene una clara presencia en las novelas picarescas.

En el *Buscón* de Quevedo aparece citado de una forma expresa en el siguiente texto:

—Señor, yo he venido desde Sevilla siguiendo seis hombres los más facinorosos del mundo, todos ladrones y matadores de hombres, y entre ellos viene uno que mató a mi madre y a un hermano mío por saltarlos, y le está probado esto; y vienen acompañando, según los he oído decir, a una espía francesa; y aun sospecho por lo que les he oído, que es... (y bajando más la voz dije) Antonio Pérez. Con esto, el corregidor dio un salto hacia arriba, y dijo:

—¿Y dónde están?

—Señor, en la casa pública; no se detenga V. Md., que las ánimas de mi madre y hermano se lo pagarán en oraciones, y el rey acá (Quevedo: 371).

La hagiografía de Mateo Alemán sobre san Antonio de Padua es, incluso onomásticamente, el *contrafactum* de la biografía y la obra —también literaria— de Antonio Pérez, convertido en su época en un personaje malévolo. No olvidemos que en 1591 —pocos años antes de la publicación de la novela— salió a la luz en Francia un primer ejemplar de las *Relaciones* de Antonio Pérez, luego ampliadas en Inglaterra, prohibidas por la Inquisición y no publicadas en España hasta la mitad del siglo XIX.²⁰

El protagonista del *Guitón Onofre* termina huyendo y escondiéndose en Aragón, en el convento de dominicos de Zaragoza, como hizo también Antonio Pérez cuando escapó de la persecución de la justicia castellana.

Se ha debatido mucho sobre quién se esconde bajo la máscara de Clodio, personaje del *Persiles* cervantino, individuo maledicente al que el autor impide entrar en Roma y concluir así su periplo en la novela, fatal castigo para un personaje de la literatura de corte bizantino. Para algunos críticos se trata de Antonio Pérez,

¹⁹ El Museo del Prado conserva una bella pintura, óleo sobre lienzo, titulada *Pícaro de cocina* de Francisco López Caro (1598-1661) datada en 1620.

²⁰ Véase Bravo (1998).

enemigo de España, enfrentado al poder que le persiguió y autor de una extensa justificación literaria de sus actos sobre el proceso que sufrió donde ataca a buena parte del gobierno de su tiempo. Según Michel Cavillac (2007, 189) —siguiendo la argumentación de J. M. Pelorson—, se trata efectivamente de Antonio Pérez, aunque cree que el personaje supera las limitaciones de la biografía de este individuo. A este respecto, ambos —Clodio y Antonio Pérez— tuvieron nacionalidad inglesa, los dos eran «difamadores de los reyes que nos gobiernan», fueron desterrados de su tierra por traidores y buscaron en ambos casos el perdón real.

Considero, a este respecto, que no se ha estudiado suficientemente la presencia de Antonio Pérez y de su criado y servidor —el «pícaro Juan Rubio»— en la literatura de su época y posteriormente. Ahí creo que podemos encontrar el origen de algunos momentos claves en nuestra literatura, especialmente en el diseño de la figura del pícaro que comienza a superar la marginalidad social para entrar en otros ámbitos de marginalidad: la moral, la política, etc., formando parte incluso de una élite —por sus orígenes nobles— o por sus logros junto al poder de la época.

Según Klaus Meyer-Minnemann y Sabine Schlickers el significado de «pícaro» como ‘andrajoso y despedazado’ (Meyer-Minnemann, 2008: 24) referido a quienes se dedicaban a oficios de bajo nivel social fue quedando desplazado en la época del *Guzmán de Alfarache* y vino, ya en esta novela, a atribuirse a una clase de individuo de carácter «dañoso y malicioso, astuto, taimado». Según estos críticos, el hecho de que no aparezca la voz en el *Lazarillo* es debido únicamente a que la voz todavía no había llegado a alcanzar cierta notoriedad y conocimiento popular. Aunque, en su opinión, tampoco podía aparecer en esta novela porque en ningún caso Lázaro es un individuo malicioso, a lo que en realidad alude el término en fechas anteriores a la publicación del *Guzmán de Mateo* Alemán.

CONCLUSIONES

Una vez acabado este estudio, creo que podemos establecer las siguientes conclusiones:

1.º— Tras analizar los orígenes históricos de la voz «pícaro», desde las primeras apariciones tanto literarias como no literarias, la sitúo ya en los años cuarenta del siglo XVI. Doy noticia de algunas teorías acerca de su procedencia.

2º.— Una vez localizado el marco temporal de su nacimiento, establezco el ámbito histórico de su desarrollo a partir del debate nacido sobre el fenómeno de la mendicidad desde la segunda mitad del XVI, que ya situamos en el *Lazarillo de Tormes* (1554), y luego en las propuestas teóricas de Domingo de Soto (1545), de Martín Azpilcueta, de Manuel de Giginta, de Pedro de Valencia y de Pérez de Herrera.

3º.— Establezco la filiación ideológica de Mateo Alemán y su afinidad con la obra de Pérez de Herrera y, también, con Alonso de Barros, autor del elogio que aparece en el prólogo del *Guzmán de Alfarache*. En cualquier caso, es evidente la cercanía de Mateo Alemán al partido castellanista frente a los papistas del aragonés Antonio Pérez y la princesa de Éboli.

4º.— Considero que el éxito de la voz «pícaro» encuentra su justificación en la gran acogida del *Guzmán de Alfarache* por los lectores de su época. Para entender qué caracteriza al pícaro de su novela, estudio la presencia de la voz en la misma. Para Mateo Alemán, «pícaro» es —como también aparece en los escritos de Pérez de Herrera— un individuo ocioso, alejado de su contrafigura el «admitido cortesano». El autor del *Guzmán de Alfarache* da cabida en su obra al «sollastre» y al «pícaro de cocina», ambos relacionados con las tareas domésticas en las cocinas de la Corte.

5º.— Concluyo que la voz surge de la unión de dos términos: la voz castellana «picar» y la italiana *piccolo*. De tal modo, el pícaro, originariamente, era un ayudante de cocina, como el «sollastre» o el «pinche», un niño que ayudaba en esas tareas a los afamados cocineros italianos que llegaron a España en el siglo XVI.

6º.— No obstante, la voz pronto salió de los ámbitos culinarios y encontró acomodo, por ejemplo, en las almadrabas andaluzas, donde los «tunantes» picaban los atunes, evitando ser apresados por los berberiscos de Túnez y de otros lugares del norte de África.

7º.— A partir de Cervantes y de Mateo Alemán, el pícaro deja de ser un ser marginal y puede proceder, incluso, de las clases nobles y adineradas, por ejemplo, Carriazo en *La ilustre fregona*.

8.º— Pero fue el famoso episodio histórico del asesinato de Juan de Escobedo en que intervino el «pícaro de cocina» Juan Rubio, protegido de Antonio Pérez, el que terminó por establecer la vinculación del pícaro con los ámbitos cortesanos y con el poder, como así ocurrió en el caso del pícaro *Guzmán de Alfarache*, pícaro de cocina en España y servidor de la Corte vaticana en Italia.

9.º— Esta relación del pícaro con el poder político, perceptible solo a partir de 1578, momento del asesinato de Escobedo, la percibimos por primera vez en el caso de Guzmán, que tiene un nombre que guarda relación con la poderosa casa de los Medina Sidonia andaluces, y luego en el *Buscón* a través de Pablos, hijo de Clemente Pablo (dos nombres alusivos a dos papas contemporáneos de la época de la escritura de la obra).

10.º— La presencia de Antonio Pérez en la picaresca española la podemos ver, por ejemplo, en el *Guitón Onofre* de Gregorio González: Onofre huirá al final de la obra, como aquel, a Zaragoza buscando refugio de la justicia. En el *Buscón* hay una alusión directa al que fuera secretario de Felipe II. Y en el personaje de Clodio, en el *Persiles* cervantino, podemos ver su presencia, aunque encubierta, y alusiones a su destierro en Inglaterra y referencias a sus obras.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Alemán, Mateo (1996): *Guzmán de Alfarache*, ed. Benito Brancaforte, Madrid, Akal.
- Anónimo (1982): *Lazarillo de Tormes*, ed. J. Ricapito, Madrid, Cátedra.
- Aranda, Francisco José (1992): *El poder municipal y cabildo de jurados en Toledo en la Edad Moderna*, Toledo, Gráficas Toledo.
- Arroyo, Luis Antonio (1987): «Dos menciones tempranas de la palabra pícaro», *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 57, pp. 313-318.
- Barros, Alonso de (1587): *Filosofía cortesana moralizada*, Madrid, Pedro Madrigal.
- Beltrán de Heredia, Vicente (1960): *Domingo de Soto. Estudio biográfico documentado*, Salamanca, Universidad.
- Best, O.F. (1964): «Para la etimología de pícaro», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, xvii, pp. 352-357.
- Bonilla y San Martín, Adolfo (1915): «Las más antiguas menciones de “pícaro” y palabras afines», *Revista Crítica Hispano-Americana*, i, p. 172.
- Bravo, Paloma (1998): «Las *Relaciones* de Antonio Pérez, un texto en movimiento», en José Martínez Millán (dir.), *Felipe II (1527-1598). Europa y la monarquía católica*, tomo iv, pp. 11-24.
- Calero, Francisco (2006): *Juan Luis Vives, autor del Lazarillo de Tormes*, Valencia, Ayuntamiento de Valencia.
- Capel, José Carlos (1985): *Pícaros, ollas, inquisidores y monjes*, Madrid, Argos Vergara Editorial.
- Cáseda Teresa, Jesús Fernando (2019a): «Una nueva hipótesis sobre el autor del *Lazarillo de Tormes*: Bernardino Illán de Alcaraz», *Lemir*, 23, pp. 97-124.
- Cavillac, Michel (1979): «La reforma de la Beneficencia en la España del siglo XVI: la obra de Miguel Giginta», *Estudios de Historia Social*, 10-11, pp. 7-59.
- (1998a): «La “reforma de los pobres” y el círculo del doctor Pérez de Herrera (1595-1598)», en José Martínez Millán (dir.), *Congreso Internacional “Felipe II (1598-1998). Europa dividida. La monarquía católica de Felipe II (Universidad Autónoma de Madrid, 20-23 abril 1998)*, Madrid, Parteluz, vol. 2, pp. 197-204.
- (1998b): «Libros, lecturas e ideario de Alonso de Barros, prologuista del *Guzmán de Alfarache* (1599)», *Bulletin Hispanique*, 100, 1, pp. 69-94.
- (2007): «Del *Guzmán de Alfarache* al *Persiles*: Cervantes frente a Mateo Alemán (¿por qué Clodio no merece ir a Roma?)», *Crítica*, 101, pp. 177-198.
- (2010): *Guzmán de Alfarache y la novela moderna*, Madrid, Casa Velázquez.
- Cervantes, Miguel de (2001): *Novelas ejemplares*, ed. J. García López, Barcelona, Crítica.
- Corencia Cruz, Joaquín (2016): «Notas a la cronología interna del *Lazarillo* y la legislación de mendigos y espadas en las Cortes de Carlos V», *Lemir*, 20, pp. 493-532.
- Corominas, Joan (1987): *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos.
- Covarrubias, Sebastián de (1561): *Tesoro de la lengua castellana o española*, Madrid, Luis Sánchez.
- Garrán Martínez, José María (2004): *La prohibición de la mendicidad*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca.
- Gómez Canseco, Luis (ed.) (2012): Mateo

- Alemán. *Guzmán de Alfarache*, Madrid, RAE.
- González, Gregorio (1973): *El guitón Honofre*, ed. Hazel Genereux Carrasco, Valencia, Artes Gráficas Soler.
- González López, Emilio (1965): *Historia de la literatura española. Edad Media y Siglo de Oro*, Madrid, Las Américas Publishing Company.
- González Ollé, Fernando (1969): «Nuevos testimonios tempranos de “pícaro” y palabras afines», *Iberoromania*, 1, pp. 56-58.
- Haan, Fonger de (1899): «Pícaros y ganapanes», en Juan Valera (ed.), *Homenaje a Menéndez y Pelayo en el año vigésimo de su profesorado*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, pp. 149-190.
- Hoyos, Antonio de (1949-1950): «Sobre la etimología de pícaro», *Anales de la Universidad de Murcia*, pp. 393-397.
- Jojima, Paula (2016): *San Cristóbal Pérez de Herrera: pícaro. Inspiración y némesis de Mateo Alemán*, Bath, Brog Dog Books and The Self-Publishing Partnership.
- Lucero Sánchez, Ernesto (2017): «Reseñas. Jojima, Paula: *San Cristóbal Pérez de Herrera: pícaro. Inspiración y némesis de Mateo Alemán*», *Librosdelacorte.es*, 14, pp. 215-222.
- Luján de Sayavedra Mateo (2007): *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache*, ed. David Mañero Lozano, Madrid, Cátedra.
- Marañón, Gregorio (1977): *Antonio Pérez (El hombre, el drama, la época)*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Márquez Villanueva, Francisco (1990): «Sobre el lanzamiento y recepción del *Guzmán de Alfarache*», *Bulletin Hispanique*, 92, pp. 549-577.
- Meyer-Minnemann, Klaus y Sclickers, Sabine (2008): *La novela picaresca: concepto genérico y evolución del género (siglos XVI y XVII)*, Madrid, Iberoamericana.
- Muñoz de Juana, Rodrigo (1998): *Moral y economía en la obra de Martín de Azpilcueta*, Pamplona, Eunsa.
- Navarro Durán, Rosa (2003): «La composición del *Buscón*», en Alfonso Rey (ed.), *Estudios sobre el «Buscón»*, Pamplona, Eunsa, pp. 99-131.
- Núñez Rivera, Valentín (2017), «*El rufián dichoso*, entre verdades y fabulosos intentos», *Anales Cervantinos*, XLIX, pp. 119-152.
- Olóiz Azparren, Hermilio de (1998): *Nueva biografía del doctor D. Martín de Azpilcueta y enumeración de sus obras*, Pamplona, Analecta Editorial.
- Pérez de Colosia Rodríguez, María Isabel y Sarriá Muñoz, Andrés (1991): «Las almadras del duque de Medina Sidonia en Tarifa», *Baetica. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, 13, pp. 241-254.
- Quevedo, Francisco de (2007): *El Buscón*, ed. Alfonso Rey, Madrid, CSIC.
- Ramírez de Lucena, Juan (1892): «Epístola exhortatoria a las letras», en A. Paz y Meliá, *Opúsculos literarios de los siglos XIV a XV*, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, pp. 208-217.
- Robles, Juan de (1545): *De la orden que en algunos pueblos de España se ha puesto en la limosna para remedio de los verdaderos pobres*, Salamanca, Juan de Junta.
- Romance del Guitón*, http://www.calatayud.org/revista/guiton_jmp.htm.
- Rutherford, John (2001): *Breve historia del pícaro preliterario*, Vigo, Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo.
- Salas Almela, Luis (2008): *Medina Sidonia. El poder de la aristocracia 1580-1670*, Barcelona, Marcial-Pons.
- Serrano, Jorge Antonio (1997): *La sangre del conquistador Juan Gregorio Bazán*, Madrid, Ediciones Dunken.
- Suárez, José Luis (1997): *El pensamiento de Pedro de Valencia. Escepticismo y modernidad en el humanismo español*, Badajoz, Diputación Provincial.